

El sueño del cíclope

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía de © Findlay/Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Jerónimo Andreu Urioste, 2022

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19207-49-4

Depósito legal: M-12.451-2022

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Jerónimo Andreu

El sueño del cíclope

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Para Candela.

Para Héctor.

«Serena trata el pasado como tratan las moscas el cristal de una ventana: lo recorre arriba y abajo, se golpea contra él la cabeza, se agota tratando de encontrar en él alguna luz, sin darse cuenta de que la luz y el cristal son dos cosas distintas».

ENRIQUE DE HÉRIZ, *Mentira*

Introducción

El hombre se arremangó el jersey y tomó la temperatura del agua mojando un codo en la palangana con la misma delicadeza que si se dispusiera a bañar a un bebé. Luego abrió el saco que tenía sobre la mesa y extrajo de él a un gato recién nacido.

Levantó el animal hasta la altura de su cara y se detuvo un segundo a examinar los torpes pedaleos que daba en el aire, sus primeros pasos en el mundo. El gatito, ciego aún, le enseñó la lengua de lenteja.

El hombre suspiró y lo sumergió en el barreño. Con la palma posada sobre el cuerpecillo lo mantuvo apretado contra el fondo de plástico durante un minuto, tiempo suficiente para asegurarse de que no hubiera más pedaleos. A continuación sacó el cadáver y lo dejó sobre la mesa, como un trapo empapado en torno al que comenzó a crecer una mancha oscura de humedad. Luego alargó la mano y, con eficacia mecánica, extrajo del saco el siguiente gato de la camada.

Esta vez no le dedicó ni una mirada. El más difícil era siempre el primero.

Justo en el momento en que volvía a meter el brazo en el agua, un violento chirrido en la puerta del garaje le hizo levantar la vista. Unas manos fuertes arrastraron el portón metálico y se asomó la cara de un individuo unos veinte años más joven.

—¡Don Matías, la Guardia Civil! —le gritó.

—Vámonos —respondió el hombre, con la voz ronca por culpa del rato que había permanecido en silencio.

Se apartó del barreño y corrieron hacia la portezuela trasera, pero antes de llegar ya la estaban golpeando desde fuera. Los dos hombres se detuvieron, conscientes de que los habían rodeado. Los guardias civiles entraron por las dos puertas al mismo tiempo, apuntándolos con las pistolas y gritándoles las órdenes habituales:

—¡Al suelo! ¡Las manos donde puedan verse!

No opusieron resistencia. El más joven resoplaba mientras se arrodillaba.

—Tranquilo —le chistó don Matías mientras los esposaban los primeros agentes, los más inquietos, los que se comportan siempre como perros de presa, derribando todo al entrar, repartiendo golpes.

Enmarcadas en el vano de la puerta, las siluetas de los dos guardias que dirigían la operación se recortaron contra la noche plagada de estrellas de la Axar-

quía malagueña. Uno era alto y de nuez prominente, con las tres barras rojas de cabo cosidas al hombro; el otro, un sargento, parecía construido en ladrillo, más bajo pero sólido y con la seguridad en los gestos que da vivir por encima en el escalafón.

—¿Dónde está la droga? —Se acercó hasta don Matías el sargento.

—Aquí no hay. —Lo miró este con sus ojos cargados de bolsas.

El guardia civil hizo un gesto a los agentes para que iniciaran el registro, comprobando a golpe de bota y culatas si alguna pared sonaba hueca, repasando si el cemento de las baldosas del suelo estaba fresco y desplazando los bancos de trabajo en busca de compartimentos secretos.

Don Matías sonrió. Era tan ancho de hombros como el sargento, con la piel aceitunada y los ojos de un verde marino, unos sesenta años y el pelo en sortijas que le descendían por el cuello.

—No vais a encontrar nada. Hay mucho narco dando soplos falsos para despistar.

El sargento asintió irónicamente. Dos agentes entraron al garaje transportando unas escaleras bajo el brazo y comenzaron a desmontar las placas del falso techo. Otro apareció con un enorme mazo con el que fue metódicamente probando las distintas melodías que emitía cada palmo de suelo. En una loseta pareció encontrar una nota que le sedujo.

—Esto está hueco —anunció.

Sus compañeros se arremolinaron en torno a él, pero los apartó con un movimiento enérgico y levantó el mazo. Lo descargó sobre el suelo y la loseta se levantó por un extremo. Dos hombres la terminaron de sacar valiéndose de una palanca y la echaron a un lado, dejando al descubierto un hueco del tamaño de una boca de alcantarilla.

—Bajo yo —dijo el guardia de la maza mientras la cambiaba por una linterna.

Se sentó al borde del agujero y se dejó caer tras comprobar que el fondo quedaba a menos de dos metros. Lo siguieron tres agentes más.

—Parece vacío, pero vamos a mirar —anunciaron.

Durante largo rato no se los volvió a oír. Al principio los demás esperaron inmóviles a que les comunicaran novedades, pero terminaron regresando a sus tareas, desplazando muebles por el garaje y golpeando paredes al azar. Un cuarto de hora más tarde, los cuatro de la catacumba regresaron a la superficie cubiertos de polvo y con cara de disgusto.

—Se lo han llevado —anunciaron.

El abatimiento se contagió a todos los guardias. Los ojos de don Matías sonrieron cuando los dos jefes se reunieron en una esquina para hablar, cubriéndose la boca mientras cabeceaban como caballos.

En ese momento, un tercer hombre salió de la noche y se asomó a la puerta del garaje. Por la familiaridad

con la que se acercó a los guardias parecía conocerlos, pero no vestía uniforme. Don Matías se dio cuenta de que tampoco lo recibían como uno de los suyos, sino con una abierta frialdad, como si les incomodara tenerlo por allí. Ese le pareció un detalle preocupante.

—Perdón por el retraso. ¿Cómo va la cosa? —saludó el recién llegado.

Los dos guardias se le acercaron con la intención de comentar los escasos resultados de la búsqueda. Se alejaron unos pasos para que no pudieran escucharlos. Don Matías se aferró a su sonrisa, dispuesto a mantener el optimismo. Con su hombro golpeó el de su cómplice para transmitirle su buen humor. Este le devolvió una mueca poco convencida. Andaba ya cerca de los cuarenta, pero aún no se había curtido, ni se curtiría en la vida. Si no fuera el marido de su hija, sabía que don Matías no le dejaría trabajar para él.

Los guardias y el extraño volvieron al garaje después de su conversación. Una vez que había abandonado el contraluz, el recién llegado llamaba la atención por sus rasgos extranjeros, con el pelo pajizo y las pestañas quemadas. Avanzó con decisión hacia los hombres esposados, pero se detuvo frente a la mesa al distinguir el gato muerto. En la palangana flotaba el segundo. Abrió el saco y encontró agitándose tres más, aún calientes tras el parto. Eran tan pequeños que no sabían maullar.

Se acuclilló ante don Matías, y este lo recibió con una mirada de suficiencia.

—¿Quiere un gato? —le preguntó desafiante.

El rubio negó con la cabeza. Repentinamente, don Matías pareció sentirse obligado a justificarse:

—Antes los mataba con toda tranquilidad. Ahora me he hecho viejo y cuesta más, pero alguien tiene que hacerlo.

El visitante se levantó. Parecía uno de esos vagabundos escandinavos que de vez en cuando quedan encallados en la Costa del Sol, siempre cubiertos de arena. Tenía la piel cuarteada, y del cuello de la cazadora le asomaba el rabo de un tatuaje.

—Yo sé dónde tienes la droga —le soltó a don Matías con un acento andaluz tan sorprendente como el anuncio que acababa de lanzar.

Don Matías levantó una ceja. Notó cómo su yerno se revolvió y tuvo ganas de golpearlo, en parte para exigirle discreción, pero también por desahogarse. El recién llegado no le dio tiempo: obligó al viejo a ponerse de pie agarrándolo por las esposas y, con la mano libre, cogió el saco lleno de gatos.

—Vamos —ordenó al sargento y al cabo, que se miraron con cierto fastidio por tener que andar a rebufo de aquel fulano.

Pese a todo, lo obedecieron y salieron del garaje mientras el resto de los agentes se quedaban con el yerno. La noche era plácida. Solo se oían los grillos y los ruidos provenientes del registro.

—Hemos mirado en el otro garaje también —in-

formó el cabo espigado con un inconfundible deje gallego.

—¿Y qué habéis encontrado? —preguntó el rubio.

—Aparejos de pesca, dos motos de agua, boyas...

Nada de droga.

De camino al coche patrulla cruzaron frente a un barquito colocado sobre un remolque.

—Te gusta pescar, ¿eh? —le preguntó el rubio a don Matías, que se encogió de hombros, cada vez más incómodo.

—A mí también —siguió—. En barco no, porque nunca me ha dado para un barco. Con la cañita en el espigón.

Subieron al coche. El sargento y el cabo delante, y el narco y el rubio detrás.

—Tenemos una lancha esperándonos en la playa —anunció este mientras colocaba el saco con los gatitos entre sus pies.

El sargento chascó la lengua sin poder contenerse más tiempo y envolvió con el brazo el cabecero de su asiento para girarse hacia atrás:

—A ver, yo entiendo que lo de la cooperación internacional está genial. Lo que no sé, y a lo mejor meto la pata, es por qué tienes que venir tú de Inglaterra a organizarnos la vida: a dirigir el registro, a encargar una lancha... Hablo sin mala intención, eh —puntualizó con evidente mala intención—. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Joseph. —Sonrió el rubio—. Y no estoy organizando nada. Este caso es vuestro y las detenciones son para vosotros: yo solo os paso una información que me ha llegado. Hablé con tu coronel, Santangracia, que estuvo destinado en Algeciras y nos conocemos desde entonces. Le conté lo que yo sabía y ha sido él quien lo ha arreglado con la comandancia. Lo de la lancha y todo. ¿No os ha avisado?

El sargento resopló con fastidio y posó las manos en el volante:

—Nos contó que eras un poco pesado, pero no tanto —dijo arrancando el coche, sin dar opción a que la charla se prolongara.

Joseph tampoco parecía ansioso por hablar. Permaneció en silencio mientras terminaron de recorrer el sendero que atraviesa los campos de cultivo en torno a la playa de Almayate. El coche se internó a trompicones en el último cordón de dunas y cañizos. Las marcas de neumáticos sobre la arena cenicienta revelaban el tráfico incesante de todoterrenos mucho mejor equipados para aquella tarea. Frenaron en cuanto tuvieron la orilla a la vista y descendieron con una coreografía de portazos. El ruido de los grillos había sido devorado por el embate de las olas. En el aire flotaba un olor a algas secas.

—Allí están. —Joseph señaló la lancha.

Los cuatro guardias civiles vestidos de neopreno que los estaban esperando mostraban un sorprendente buen humor para la misión que tenían asignada.

—Una noche cojonuda para darse un bañito. —Les tendió la mano el piloto de la embarcación.

—Perdón por sacaros de la cama —respondió Joseph.

El buzo de mayor edad suspiró con resignación:

—No es la hora más agradable para estas cosas, pero si no queda otra...

—Pues parece que no —dijo el gallego—. Si no encontramos la droga ya, el juez deja a los detenidos en la calle.

Sin más formalidades, cada hombre fue tomando la posición que le correspondía en el bote neumático. El buzo más joven lo empujó unos metros mar adentro antes de saltar al interior. Joseph le entregó al piloto unas instrucciones en una página de cuaderno.

—Estas son las coordenadas —le indicó.

El hombre las introdujo en el GPS y arrancó el fueraborda. Don Matías, con las manos esposadas entre las rodillas, era un hombre demudado. Mantenía la vista en el fondo de la embarcación, que continuó avanzando hacia la oscuridad.

Mientras la espuma del mar se montaba en torno a la hélice como nata en un cuenco, el piloto seguía sin apartar la vista de las indicaciones de la pantalla que los guiaba a través de la negrura. Cuando llegaron al punto indicado, apagó el motor. Los buzos se ajustaron las aletas y comprobaron las botellas de oxígeno.

—Aquí cubre veinte metros —dijo el primero.

El piloto asintió para dar su aprobación. El submarinista se colocó la máscara, se dejó caer de espaldas por la borda y un desagradable frío los salpicó a todos.

El segundo buzo lo siguió al instante, y el sargento aprovechó la pausa para encender un cigarrillo que brilló con un rojo maligno. Todos permanecieron inmóviles, dejándose mecer por las olas y los inquietantes murmullos del mar en las horas previas al amanecer, hasta que al cabo de cinco minutos emergió con un plop el primer globo aerostático. Después de él, con un suave borboteo, otra decena de burbujas amarillas fueron saliendo a flote.

Los ojos de don Matías se llenaron de espanto, como si quienes estuvieran regresando de las profundidades del mar fueran los miles de gatitos que había ahogado a lo largo de su vida. Indiferentes a su alucinación, los agentes comenzaron a izar a bordo los globos que habían encontrado los buzos y que, al ser activados, se llenaban de aire y emergían arrastrando los fardos de hachís escondidos en el fondo.

—Yo no tengo nada que ver con esto —farfulló don Matías sin que nadie le hubiera preguntado nada.

Joseph se sacó del chaquetón un DVD y se lo entregó al sargento:

—Aquí tenéis el vídeo con el desembarco hace dos noches. El barco desde el que se lanzan la droga con los globos es el mismo que tiene en su finca, el que

hemos visto antes. Se distingue la matrícula, y se lo ve a él en cubierta.

—¿Quién lo grabó? —preguntó el sargento.

—Una colaboración ciudadana. Sin más preguntas.

—Sonrió Joseph.

Don Matías volvió a hundir la cabeza, dejándose llevar por sus pesadillas. Pronto tuvieron una decena de fardos sobre la lancha. Todos estaban bien aislados y marcados con las iniciales de sus respectivos dueños: los traficantes que habían pagado un precio conjunto a los transportistas para que sacasen la droga de Marruecos, la dejaran descansando en el mar, a una distancia prudente de tierra, hasta encontrar el momento oportuno, y luego la desanclasen, la llevaran a la costa y se la entregaran a sus propietarios lejos de miradas indiscretas.

La medusa de paquetes y cabos era demasiado espesa para deshacerla, así que los guardias la ataron a la lancha y la arrastraron hasta la costa.

—Son profesionales —explicó el buzo veterano, secándose ya sobre la lancha—. Los globos hidrostáticos estaban listos para subir en cuanto les abrieran la válvula. Cada uno tira para arriba con doscientos kilos.

El gallego soltó una carcajada de alivio.

—Es la última operación que me quedaba, y estaba acojonado por fastidiarla y que me gafase el traslado.

—No, hombre —le dijo un buzo—. Ya ves qué éxito. Cuatro mil kilos.

—Pues sacamos esto y marchó corriendo de aquí —dijo el gallego— porque este ritmo no lo aguanto más.

—¿Adónde te vas? —preguntó el buzo.

—Cerquiña de casa, a Ponferrada. Dejo la Costa del Sol para los jóvenes.

El buzo lo felicitó:

—No hay comparación. A poner multas a las vacas.

Terminaron la tarea entre bromas. Cuando llegaron a la playa, una patrulla los esperaba con un todoterreno para arrastrar la droga fuera del agua. Mientras los buzos enganchaban los paquetes al remolque, un agente se acercó a Joseph con un teléfono móvil.

—Señor, el coronel Santangracia me pide que le enseñe esto —lo abordó.

Joseph cogió el teléfono y observó la fotografía en la pantalla. Era Conor Whelan, gestor del gimnasio Muscle's de Marbella y responsable de la seguridad personal de Ron Keane, jefe de la mafia irlandesa en España. La enorme cabeza afeitada del matón descansaba contra la ventanilla de un coche como si estuviera echando una siesta en el arcén a mitad de un largo viaje por carretera. Pero no dormía. Estaba maniatado en el asiento delantero, con el rostro amoratado por los golpes y un agujero en el pecho bajo el que la camiseta se volvía un babero rojo.

—Lo han encontrado a diez kilómetros de aquí —dijo el agente— dentro del mismo coche que se lo llevó de Marbella.

Joseph asintió y le devolvió el teléfono. Levantó la vista. A la luz del amanecer, el aspecto de aquella playa era aún más inhóspito: estrecha e inundada de ramas secas arrastradas por los temporales del otoño. En ese momento se acercaron el sargento y el cabo.

—Es él, ¿verdad? —preguntó el cabo, que también había recibido la foto en su teléfono.

—Sí —confirmó Joseph la identidad de Whelan, secuestrado la noche antes por un grupo de encapuchados mientras cenaba en una terraza del paseo marítimo de Marbella.

Todo apuntaba a que el asesinato había sido obra de sus rivales, la familia Lyall, vecinos de Dublín y competidores también en la Costa del Sol por la hegemonía del hachís que engrasaba los negocios de tráfico de armas en toda Europa.

—Pues menos mal que nos hemos dado prisa, antes de que se corra la voz.

—O no. —Se incorporó a la conversación el sargento—. Podíamos haber esperado unos días y detenerlos a todos mientras sacaban la droga del agua.

Joseph lo miró. El cuello musculado del guardia estaba coronado por una cabeza desproporcionadamente pequeña, con una nariz aplastada que hacía pensar en un cráneo de esqueleto atornillado a un cuerpo de culturista. La impresión quedaba reforzada por un pelo extremadamente corto que arrancaba muy atrás en la frente, y unas gafas de espejo que el sargento se

había colocado con la salida del sol y que perfectamente podrían estar ocultando dos cuencas oculares vacías.

Joseph se encogió de hombros:

—Dos familias de la mafia irlandesa peleándose por un cargamento de hachís, cada una asociada a una organización de narcotraficantes españoles, un secuestro a tiros, y el secuestrado que aparece torturado en un coche, pistoleros buscando la droga por toda Andalucía, posibles represalias... No sé cuáles son las prioridades de la Guardia Civil, pero yo diría que lo más prudente era encontrar la droga rapidito.

El sargento no respondió. El rencor se adivinaba tras sus gafas de sol. Un viento desagradable comenzaba a levantar la arena.

—Tengo que coger un avión en dos horas —dijo Joseph—. El coronel dijo que me podríais acercar al aeropuerto.

El gallego miró de reojo al sargento. Este relajó la mandíbula.

—Vale. Tenemos que ir a Málaga de todas maneras.

Los tres hombres volvieron al mismo coche en el que habían llegado a la playa, que bullía ahora por la actividad policial. Los agentes cargaban los fardos de droga, mientras don Matías esperaba esposado contra otro todoterreno, con los ojos perdidos en el mar.

Joseph se sentó en el asiento trasero y se despezó.

El cabo gallego se abrochó el cinturón de copiloto:

—Tú en el avión podrás echarte una siesta. A nosotros nos queda todo el papeleo.

—No me gusta mucho el avión.

—Tan malo no será, digo yo, si andas todo el día yendo y viniendo de Londres hasta aquí.

Joseph respondió con una sonrisa burlona:

—¿De dónde crees que vengo yo?

El guardia pareció confuso, como si le asustara haber soltado una impertinencia:

—Inglés, ¿no? Bueno, o de Escocia o algo parecido.

Joseph sacudió la cabeza.

—Soy más de aquí que vosotros. De Gibraltar. Me apellido Sanchez, Joseph Sanchez.

—¿Lo dices en serio? —Se giró el cabo.

Joseph se fijó en el sargento, que no había hecho un solo gesto desde que arrancó el coche. Estaba seguro de que él sí había comprobado su identidad. El coronel Santangracia tampoco se caracterizaba por su discreción. En los años durante los que colaboraron en La Línea, cuando Joseph trabajaba para la Royal Police gibraltareña, Santangracia había dejado claro que le gustaba ser el primero en anunciar las novedades, anotándose todos los tantos con periodistas y políticos. Así se construye una carrera.

—Sí —confirmó—. Soy llanito. Y de los que prefieren no alejarse del Peñón.

—¿Entonces, por qué coges ahora el avión?

Joseph resopló resignado.

—Una mala jugada que me han hecho. Tengo que ir de turismo a Londres, pero hacía años que no pasaba por allí.

En cincuenta minutos el coche se detuvo frente al cartel de salidas del aeropuerto de Málaga-Costa del Sol.

Joseph abrió su portezuela, pero antes de descender, recordó algo.

—Un segundo —dijo, y se sacó de entre los pies la bolsa de esparto—. Espero que os gusten los gatos —se despidió dejándola sobre el que había sido su asiento.

El sargento miró el saco con fastidio. Antes de que pudieran decir nada, Joseph ya se había perdido dentro de la terminal.

—Menudo personaje —bufó el guardia mientras hacía girar el volante para reincorporarse a la circulación.

—¿Pero quién es exactamente? —preguntó el gallego mientras recogía el saco y se lo colocaba sobre las piernas.

—Tampoco te creas que lo sé muy bien. —El sargento se tomó una pausa, organizando la información desordenada que le había llegado sobre Joseph—. Un antiguo policía de Gibraltar, pero lo echaron de allí. Bebía y era un broncas. Luego dicen que se metió a contrabandista de tabaco, pasando cartones por la Verja. Y después se hizo medio detective, buscando a guiris que se pierden por aquí, líos de drogas... No sé,

pero en el Campo de Gibraltar está metido en todos los saraos. De ahí conoce al coronel.

—¿Son amigos?

—Amigos no sé, pero el jefe dice que le ha echado el cable un puñado de veces. Él sabrá lo que hace, pero yo no me fío de un tío así.

—Hombre, un poco cara de toxo sí que tenía.

—La cara me da igual. Lo que me preocupa es que todo el mundo sabe que habla con los irlandeses. Con la mafia. ¿Cómo te crees que se enteró de esto? De ahí sacó el vídeo.

—¿En serio trabaja para ellos? —preguntó atónito el cabo.

—No sé si llega a trabajar para ellos, pero está claro que saca tajada de los líos que se traen. Tú sabes mejor que yo para quién curra la banda del Matías: para la familia de los Lyall. Así que hoy, gracias al tío este, los Keane se han cobrado el soldado que les mataron anoche.

—¿Y qué gana este metiéndose en ese lío?

—Ni idea. Esto de los espías es muy raro.

—¿Espía?

—Eso se dice también. —Se le escapó una carcajada—. Que los ingleses lo usan de espía. Por eso no he abierto la boca en toda la noche. No quiero que me saque nada.

—Pues ya podías haberme avisado.

—Te estaba vigilando, a ver si se te escapaba algo.

—Ya, pero por si acaso.

Frente a la pesadumbre que por instantes iba apocando al cabo, el sargento parecía haberse sacudido toda la tensión acumulada.

—¿Queda algún bicho vivo? —Señaló la bolsa de los gatos—. A lo mejor le puedo llevar uno a mi hija. Pero tendremos que parar a comprarles de comer. Nos los ha colado el puto guiri.